

Cuando la comunidad se convierte en aula



¿Te has preguntado qué sucedería si parte del aprendizaje ocurriera fuera del aula? ¿Y si los estudiantes pudieran aprender no solo de los libros y de sus profesores, sino también de las personas, organizaciones y lugares de su comunidad?

Estas preguntas son la base del Community-Based Learning o Aprendizaje Basado en la Comunidad, un enfoque educativo que reconoce la comunidad como un espacio para generar conocimiento. La comunidad no solo es un lugar para aplicar lo aprendido en clase, sino también una fuente de experiencias, saberes y oportunidades que enriquecen la formación de los estudiantes (Yamamura & Koth, 2018).

Este enfoque se basa en una idea sencilla pero importante: las comunidades tienen conocimientos, talentos, historias y recursos valiosos que pueden complementar la educación formal. Cuando los estudiantes interactúan con su entorno, escuchan diferentes perspectivas y entienden realidades diversas, el

aprendizaje se vuelve más profundo y relevante (Strand et al., 2003).

Pero los beneficios van más allá de los contenidos académicos. Varios estudios demuestran que aprender en la comunidad favorece el desarrollo de habilidades como la comunicación, el pensamiento crítico, la resolución de problemas y el trabajo colaborativo (Bringle et al., 2006). También fortalece el sentido de pertenencia y ayudan a comprender mejor las dinámicas sociales, culturales y ambientales del entorno.

Un ejemplo de este enfoque puede observarse en las iniciativas comunitarias impulsadas por la Universidad San Francisco de Quito a través de los programas Vecinos Cumbayá, Vecinos Tandayapa y Vecinos Tiputini. Aun-

que cada territorio es diferente, los tres buscan construir relaciones de colaboración que reconozcan las fortalezas existentes en cada comunidad.

Como parte de este trabajo, se han realizado procesos participativos de mapeo comunitario para identificar talentos, conocimientos, recursos y oportunidades de colaboración. En lugar de comenzar preguntando cuáles son los problemas o necesidades de una comunidad, estos espacios invitan a reflexionar sobre otra pregunta: ¿Qué capacidades ya existen y cómo pueden potenciarse para construir un mejor futuro colectivo?

En Cumbayá, por ejemplo, líderes comunitarios participaron en encuentros en los que compartieron experiencias, identificaron fortalezas del territorio y construyeron una visión común sobre el futuro de la parroquia. En Tandayapa, las conversaciones han permitido reconocer el valor de los conocimientos locales relacionados con la conservación ambiental y la vida comunitaria.



La comunidad enriquece la formación con experiencias, saberes y oportunidades.

En Tiputini, el diálogo con distintos actores del territorio ha contribuido a comprender mejor las dinámicas de la Amazonía, los procesos de gobernanza y las oportunidades de colaboración para promover el bienestar y empoderamiento de las comunidades locales, reconociendo a sus habitantes como protagonistas de su propio desarrollo.

Aunque estos procesos ocurren en contextos muy distintos, todos comparten un elemento común: el reconocimiento de que el saber no se encuentra únicamente dentro de las instituciones educativas.

Las comunidades también generan conocimientos a través de sus experiencias, tradiciones, prácticas y formas de organización. Escuchar y aprender de estos saberes permite ampliar la comprensión que tenemos del mundo y enriquecer los procesos educativos.

Desde una perspectiva democrática, las instituciones educativas y las comunidades deben reconocerse mutuamente como coproductoras de conocimiento, donde todas las voces aportan valor al proceso de aprendizaje (Saltmarsh et al., 2009).

Esta idea invita a repensar la relación entre educación y comunidad, pasando de modelos centrados únicamente en la transmisión de conocimientos a otros basados en el diálogo, la participación y la construcción conjunta (Saltmarsh et al., 2009).

Para los docentes, el Aprendizaje Basado en la Comunidad ofrece múltiples posibilidades. Una entrevista a líderes locales, un



Cuando los estudiantes interactúan con su entorno, escuchan diferentes perspectivas y entienden realidades diversas, el aprendizaje se vuelve más profundo y relevante.

recorrido por el barrio, la elaboración de mapas comunitarios, la documentación de historias de vida o el análisis de desafíos y fortalezas del entorno pueden convertirse en experiencias significativas de aprendizaje. Estas actividades no requieren grandes recursos económicos, pero sí la disposición de reconocer que el conocimiento puede estar fuera del aula.

Con este enfoque se logra también conectar el currículo con situaciones reales y ayudar a los estudiantes a comprender cómo los contenidos que aprenden en clase se relacionan con su vida cotidiana. Aprender con la comunidad y no solo sobre ella implica reconocer que los desafíos, recursos y experiencias del entorno pueden ser oportunidades para construir conocimiento de manera contextualizada (Saltmarsh et al., 2009).

Las comunidades también se benefician cuando son reconocidas como espacios legítimos de aprendizaje. Este reconocimiento permite visibilizar fortalezas existentes, crear nuevas alianzas y promover una participación más activa de diversos actores. Como señalan Yamamura y Koth (2018), las relaciones entre instituciones educativas y comunidades tienen mayor potencial de impacto cuando se construyen desde la colaboración y el beneficio mutuo.

En un mundo cada vez más interconectado y complejo, formar estudiantes capaces de comprender su entorno resulta tan importante como enseñar contenidos académicos. El Aprendizaje Basado en la Comunidad nos recuerda que aprender no es únicamente adquirir información, sino también construir relaciones, hacer preguntas, escuchar diferentes voces y descubrir el valor de los conocimientos presentes en nuestra comunidad (Saltmarsh et al., 2009).

Algunas de las lecciones más importantes no siempre se encuentran en un libro de texto. Muchas veces están en las historias de nuestros vecinos, en los saberes compartidos por una comunidad o en las experiencias que nos permiten mirar nuestro entorno con nuevos ojos. Cuando la comunidad es un espacio de aprendizaje, la educación se vuelve más cercana, participativa y transformadora.

Referencias

- Bingle, R. G., Hatcher, J. A., & Clayton, P. H. (2006). The scholarship of civic engagement: Defining, documenting, and evaluating faculty work. *Journal of Higher Education Outreach and Engagement*, 9(1), 7-44.
- Saltmarsh, J., Hartley, M., & Clayton, P. H. (2009). *Democratic engagement white paper*. New England Resource Center for Higher Education.
- Strand, K., Marullo, S., Cutforth, N., Stoecker, R., & Donohue, P. (2003). *Community-based research and higher education: Principles and practices*. Jossey-Bass.
- Yamamura, E. K., & Koth, K. (2018). *Place-based community engagement in higher education: A strategy to transform universities and communities*. Stylus Publishing.